Almas

SEPTIEMBRE 1962 $ 2.00

muchacha piel roja,

CATALINA

LOS frenéticos de Little Rock y todos sus simpatizantes amigos de la segregación racial, no sabemos qué cara pondrán cuando Catalina Tekakwitha, la india iroquesa color de cobre, aparezca en la gloria de Bernini, hacia donde camina con rápido y seguro paso.

Antes de que el racismo estallara en cien focos virulentos por Virginia, Carolina y demás Estados del Sur y se atreviera con los nietos de los negros de las plantaciones, muchos años antes, el Gobierno federal acorralaba a los pieles rojas de las riberas del Hudson y, sin invocar el racismo, los condenaba al exterminio en nombre de un mismo principio de supremacía de la raza blanca, autorizado, no menos que la política calvinista de Werboerd, con textos de la Biblia cuáquera. Indios algonquines, iroqueses y hurones, un día señores indómitos de las praderas y los mil lagos, se vieron acorralados, cazados a lazo y confinados en las reducciones, donde acababan muriéndose de melancolía y asfixia. Fue en la era de los días felices, allá por los años 1656, cuando floreció Tekakwitha, el lirio de Mowak. A sus orillas se alzaban las cabañas de la tribu iroquesa de Ossernenon, gente brava e indómita por demás, que vivía de la caza, pesca y la guerra con las tribus vecinas; siempre con el arco y las flechas a punto venteando sangre. A unos Misioneros que aparecieron predicándoles la ley del amor les cortaron las cabezas. En esta atmósfera de crueldad y violencia nació la dulce niña Tekakwitha, puro milagro de la gracia. Su madre era una algonquina cristiana, cautiva de los iroqueses. Murió sin ver bautizada a su niña, dejándola huérfana de cuatro años. Crecía la niña como un verdadero lirio cercado, defendido por manos de ángeles, nutriéndose de extrañas sugestiones que la madre le había ido infundiendo al oído en el corazón. Eran ensueños, conceptos, vocablos que no tenían su correspondencia con

camino de los altares

TEKAKWITHA

las cosas de la vida que le rodeaba. Eran reflejos, imprecisos resplandores que le hacían presentir un mundo distinto. Así llegó a los dieciocho años, defendiendo su virginidad de los empeños de su familia para darla en matrimonio. Fue bautizada a los veinte, y para poderse bautizar hubo de emigrar a una tribu vecina, al seguro de los embates de su parentela pagana. Y recibió por primera vez al Señor. Todo aquel misterio que llevaba dentro desde niña, tan agudo, tan apremiante en su misma niebla, se abrió de súbito esplendoroso, como un jardín a las luces de aquel repentino y milagroso mediodía sin aurora. En su primera comunión sólo acertó a decirle al divino Huésped: "¡Jesús, te amo!". Pero de tal manera le quemaban los labios al decirlo, que aquello fue pasar sin más del paganismo a la santidad. Desde ese instante la muchacha piel roja anduvo el camino extremoso de la santidad con el seguro paso de un Luis Gonzaga. Le seducía, cuando le contaban su vida los Misioneros, el halo virginal de aquella figura nimbada de resplandores penitentes como esos atardeceres a orillas del Ontario, teñidos de violeta y oro. Ella, rústica muchacha sin letras, penetró el misterio doloroso de Cristo, que perpetúa su pasión en la Eucaristía y comprendió que no había otra postura amorosa junto a El que embalsamar de lágrimas sus llagas y participar de su cruz. Y le pidió su parte. Y desde entonces hasta su temprana muerte, cuatro años más tarde, vivió crucificada.

El Misionero jesuíta, padre Cholonee, que le asistió, depone como primer testigo: "Su rostro oliváceo, deformado por las enfermedades, empezó un cuarto de hora después de su muerte a transfigurarse, a resplandecer con tal claridad y hermosura que no pude menos de lanzar un grito y llamar al Padre que estaba cavando la fosa". (CATOLICISMO).